



Cruz del Tepeyac **Fotografía** © Dolores Dahlhaus

Esculturas novohispanas al aire libre.

Las cruces atriales

María del Consuelo Maquívar*

Es un hecho conocido por todos que desde los primeros tiempos en que arribaron los misioneros a la Nueva España tuvieron entre sus tareas fundamentales, además de la enseñanza de los principios de la doctrina cristiana, adiestrar a los indios en las artes europeas, en especial aquéllas necesarias para la evangelización, como la pintura y la escultura. Testimonios importantes de lo anterior los observamos hoy en día en las magníficas construcciones conventuales del siglo xvi que por fortuna se conservan, tales como Actopan y Epazoyucan, en Hidalgo, o Malinalco, en el Estado de México, cuyos muros pintados son un claro ejemplo de la destreza que alcanzaron los indígenas dirigidos por los frailes.

Pero no fue sólo en la pintura donde la habilidad artística de los indígenas sorprendió a los españoles: en las crónicas religiosas encontramos interesantes comentarios respecto al trabajo escultórico.

El ilustre franciscano Jerónimo de Mendieta (1525-1604), en su obra *Historia eclesiástica indiana*, habla acerca de la destreza de los naturales para esculpir la piedra: “[...] había entre ellos grandes escultores de cantería que labraban cuanto querían en piedra con guijarros o pedernales, tan prima y curiosamente como en nuestra Castilla” (Mendieta, 1971: 403). En este comentario se aprecia la admiración del fraile español por el trabajo indígena prehispánico, cuando aún no conocían cómo esculpir la piedra con las herramientas europeas de metal.

De este modo, conforme llegaron al territorio novohispano, los franciscanos (1523), los dominicos (1526) y los agustinos (1533) se dieron a la tarea de enseñar a los naturales los principios de la religión cristiana y de la lengua castellana, a la vez que los adiestraban en las técnicas europeas de la construcción y la ornamentación, ambas labores indispensables para cumplir con los ideales misioneros y las necesidades de los españoles.

Paulatinamente estas tres órdenes religiosas cubrieron con sus edificaciones conventuales el ámbito rural novohispano, lo cual se comprueba hoy en día en algunas regiones de los estados de Puebla, Tlaxcala, Morelos, Hidalgo, México, Michoacán y Oaxaca, principalmente.

SIGNIFICADO DE LA CRUZ

Vale la pena recordar ahora las razones por las que este elemento forma parte del repertorio simbólico de varias religiones. En la obra de Jean Chevalier se anotan algunas de sus propiedades: “En la cruz se unen el cielo y la tierra; en ella se entremezclan el tiempo y el espacio; es el cordón umbilical jamás cortado del cosmos ligado al centro original”. (Chevalier y Gheerbrant, 1988: 362-363). Según este autor, de todos los símbolos es el más universal, el más totalizador.

Por otro lado, la cruz también fue utilizada por algunos pueblos como instrumento de martirio; por ejemplo, los romanos, quienes heredaron este tipo de castigo de los fenicios y los persas, quienes a su vez la empleaban para sacrificar a extranjeros y esclavos. A raíz de la muerte de Jesucristo adquirió un significado teológico para los cristianos, ya que sobre todo se convirtió en elemento de salvación. Para los padres de la Iglesia es el “árbol de la vida”, debido a que el hijo de Dios se encarna y muere sacrificado en la cruz para la salvación del género humano; por lo anterior, en el cristianismo se encuentra su significado más emblemático. En las sagradas escrituras, en especial en el Nuevo Testamento, se afirma que en la cruz se condensa la historia de la salvación del género humano, pues el hijo de Dios se hizo hombre, padeció y murió crucificado para redimir a los seres humanos del pecado de Adán y Eva.

LA CRUZ EN LA NUEVA ESPAÑA

Respecto a la Nueva España, es un hecho irrefutable que desde los primeros tiempos de la evangelización los misioneros presentaron a los indígenas este elemento como parte de la catequesis. En todas las crónicas religiosas se habla al respecto. Así, el agustino fray Diego de Basalenque (1577-1651), quien evangelizó en la provincia de San Nicolás Tolentino, en Michoacán, escribió: “Celebran también con grande regocijo las fiestas de la cruz [...] Cada día crece más la devoción [...] en el pueblo en cada casa la ponen [...]; así mismo en los caminos y hay ocasiones que los indios caminantes, si hallan disposición de cerro o madera, ponen cruces y los pasajeros las adornan con flores [...]” (Basalenque, 1963: 45). No he



Cruz de Huejotzingo, 2016 **Fotografía** © Dolores Dahlhaus

encontrado en las crónicas el objetivo de las cruces de atrio, aunque es posible que fueran elementos tan comunes para la tarea de catequesis que no resultó necesario para los frailes dejar constancia acerca de la finalidad de las mismas.

CÓMO SE IDENTIFICAN LAS CRUCES ATRIALES

Los atrios de México evidencian que se trazaron conforme a los ordenamientos del Concilio de Trento, los cuales aparecen señalados en el tratado de Carlos Borromeo (1538-1584) intitulado *Instrucciones de la fábrica y del ajuar eclesiásticos*, donde recomienda: “[...] Según la magnitud del área y según la estructura del edificio eclesiástico, de acuerdo con el consejo del arquitecto, el atrio hágase enfrente de la sacra casa ceñido por todos los lados con pórticos y adornado con otra obra adecuada de arquitectura” (Borromeo, 1985: 8-9). Estas normas fueron tomadas en cuenta por las tres órdenes religiosas que evangelizaron y construyeron conjuntos conventuales en el ámbito rural del territorio novohispano. Por lo general, en el centro de estos patios se colocaron grandes cruces de piedra que como característica principal muestran tallados en ambos travesaños, los elementos utilizados en el martirio y la crucifixión de Cristo.

En el presente texto se destacan algunas cruces que se distinguen por sus interesantes tallas; en ninguna de ellas se esculpió el cuerpo completo de Cristo, y cuando se aprecia su rostro coronado de espinas se trata de la “santa faz”, una tradición muy antigua basada en una narración apócrifa que se encuentra en las *Actas de Pilato* o *Evangelio de Nicodemo*, y que habla de una mujer llamada Verónica: *Vera icona*: la “verdadera imagen”. Esta leyenda decía que Verónica enjugó con una tela el rostro del salvador en su camino al Calvario, y que de manera milagrosa quedó estampada allí su santa faz, por lo que le adjudicaban poderes de curación. Desde entonces ha quedado la costumbre piadosa de representar el rostro de Cristo coronado de espinas al centro de una tela de forma cuadrada, a la cual se denomina “pañño de la Verónica”.

Los objetos que suelen observarse en las cruces atriales y relacionados con el martirio que sufrió Jesucristo a lo largo de su Pasión se fundamentan en las narraciones de los evangelios, tanto los canónicos como los apócrifos. En el de san Mateo se mencionan algunos de estos objetos: “Entonces los soldados del procurador tomando a Jesús lo condujeron al pretorio [...] y despojándolo de sus *vestiduras*, le echaron encima una *clámide*¹ púrpura, y tejiendo una *corona* de espinas, se la pusieron sobre la cabeza y en la mano una *caña* [...] se burlaban diciendo: ¡Salve rey de los judíos! [...]” (Mateo 27, 27-31).

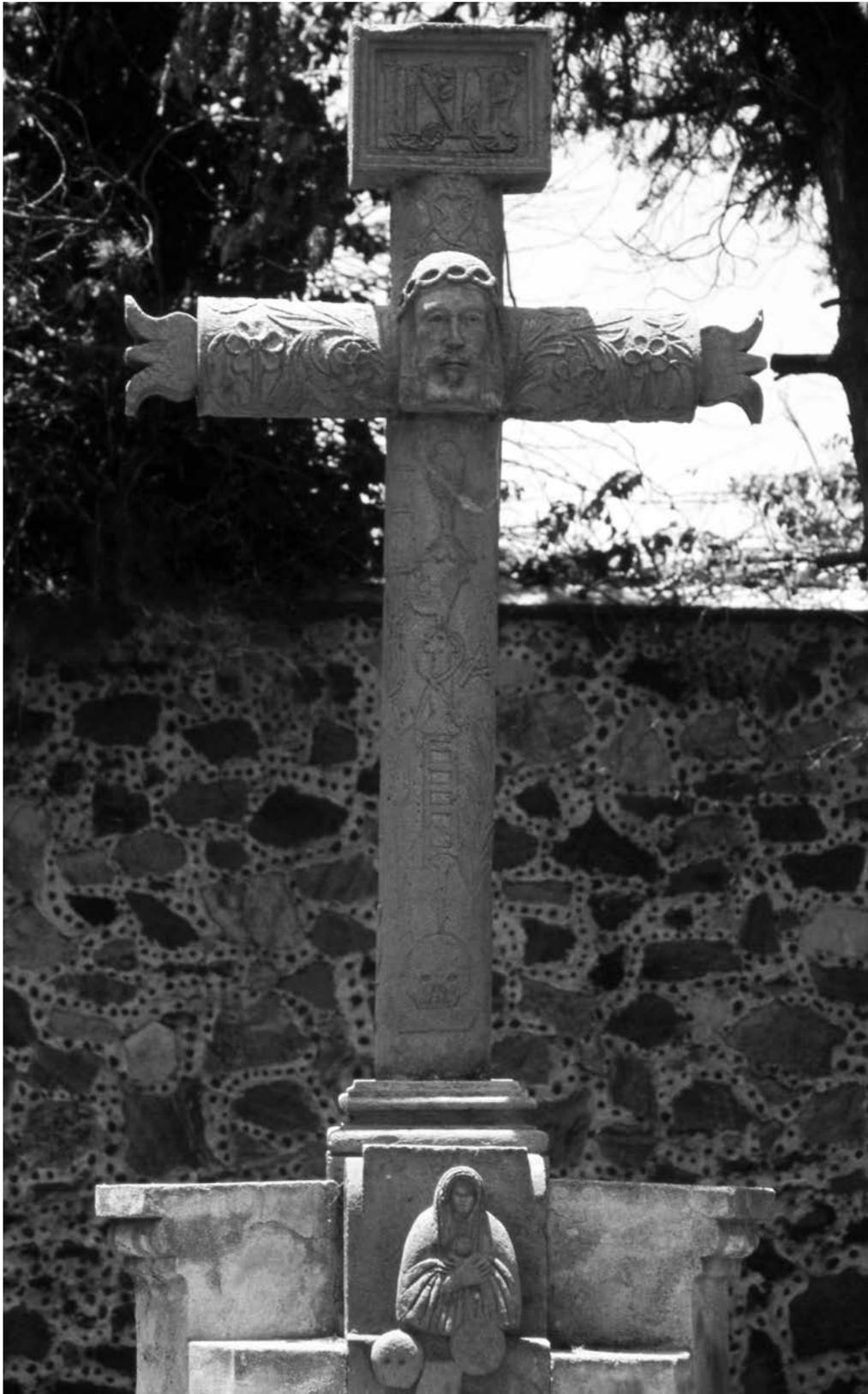
No siempre aparecen todos los objetos. Los más comunes son los siguientes: la *columna* donde lo ataron para azotarlo y los *flagelos*; los *clavos* y el *martillo* con que lo sujetaron a la cruz de madera, y las *pinzas* con que desclavaron el cuer-

po para bajarlo y enterrarlo. También pueden estar los *dados* con que los soldados “se dividieron sus vestidos echándolos a suertes” (Mateo 27, 35).

A veces se observa un *gallo* que recuerda el momento en que san Pedro, al ser reconocido, negó tres veces a Jesús, tal como se lo advirtió este último durante la Última Cena: “Yo te aseguro, Pedro, que no cantará hoy el gallo antes que tres veces hayas negado conocerme” (Lucas 22, 34). Casi siempre están una *palma* y el *hisopo* con que pretendieron calmar su sed con vinagre. La *lanza* que suele estar en el vástago vertical se refiere al momento en que le abrieron el costado, según lo asienta el apóstol san Juan: “Llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado y al instante salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio y su testimonio es verdadero” (Juan 19, 35). Este discípulo fue el único que estuvo al pie de la cruz, como se observa en las pinturas y conjuntos escultóricos de los llamados “calvarios”, donde en el centro aparece Cristo crucificado, a su derecha la Virgen María y a su izquierda, el apóstol san Juan.



Detalle del trabajo escultórico de la cruz de Huejotzingo Fotografía © Dolores Dahlhaus



Cruz atrial de Acolman. La talla de los elementos pasionarios se simplificó y más tarde se añadió en la base el busto de una Virgen de los Dolores
Fotografía © Dolores Dahlhaus

La *escalera* y el *sudario* aluden al momento en que el cuerpo de Jesús es bajado de la cruz para ser sepultado: “[...] rogó a Pilato José de Arimatea que era discípulo de Jesús, aunque en secreto por temor de los judíos, que le permitiese tomar el cuerpo de Jesús y Pilato se lo permitió [...]” (Juan 19, 38). En los remates de la cruz se talló la sangre a manera de un copioso chorro con el clavo respectivo, y en ocasiones hay en el centro un gran círculo que recuerda el “chalchihuite” de los antiguos mexicanos, lo cual no debe ser fortuito, pues no hay que olvidar que esta piedra semipreciosa tenía un valor especial para los antiguos mexicanos; por lo tanto, es evidente que significaba “lo precioso” de la sangre redentora del salvador.

Finalmente, es común en todas las crucifixiones que la cruz esté rematada por una cartela donde se tallaron, por orden de Pilato, las letras INRI, iniciales del texto en latín IESVS NAZARENVS REX IVDÆORVM (Jesús Nazareno Rey de los Judíos).

LOS ESCULTORES DE ESTAS CRUCES

Por lo que se ha estudiado, en cuanto a la técnica con que están trabajadas, se puede afirmar que fueron indígenas quienes las esculpieron, con la advertencia de que debieron estar dirigidos por los frailes. Los españoles les enseñaron a trabajar con herramientas europeas de hierro, pues las culturas prehispánicas no conocían este metal, de modo que tallaban sus esculturas al friccionar piedra contra piedra. Además, es necesario tomar en cuenta que estas obras les eran por completo ajenas a los indios y que las hicieron al mismo tiempo que conocieron la nueva religión, de manera que junto con el martillo y el cincel aprendieron las oraciones y la doctrina cristiana.

Las esculturas que ejecutaron los indígenas en vías de catequesis tienen características peculiares. Esto llamó la atención de algunos estudiosos españoles y mexicanos desde la primera mitad del siglo XX. El literato español José Moreno Villa (1986: 17) se percató de las diferencias entre los trabajos europeos y aquéllos hechos por los indios: “Yo propongo la antigua voz mexicana *tequitqui*, o sea tributario. E invito a los conocedores de lenguas aborígenes a elegir otra mejor [...] El estilo de que hablo se patentiza bien en esas cruces monumentales situadas en el atrio o compás de las iglesias”.

Años más tarde, el investigador mexicano del INAH Constantino Reyes Valerio (1922-2006) opinó que el término no era correcto, pues los indígenas que hicieron estas obras las trabajaron bajo los ordenamientos de los españoles y no como un tributo voluntario, por lo que opinó lo siguiente: “Este arte cristiano se debió desde sus principios, fundamentalmente, a la mano del indio y a la dirección de los frailes y por esta razón he querido llamarlo ‘arte indocristiano’: indio por su realizador y cristiano por su tema” (Reyes Valerio, 2000: 139-140). Sus investigaciones acerca de estas características de muchas tallas en piedra del siglo XVI le permitieron reca-

bar valiosos ejemplos donde se aprecian algunos elementos netamente prehispánicos.

Este tipo de trabajos realizados en los primeros tiempos del cristianismo de la Nueva España pueden situarse en las últimas décadas del siglo XVI. Fueron construcciones en las que frailes e indígenas debieron trabajar “codo con codo”, los primeros dirigiendo, mientras que los segundos copiaban y trasladaban a la piedra con sus diestras manos los modelos que les enseñaban sus maestros. Existe un buen número de cruces atriales que debemos conservar para las generaciones futuras, ejemplos paradigmáticos de nuestro arte colonial mexicano. Enseguida selecciono algunas de las más representativas de este arte escultórico.

CRUZ DEL TEPEYAC

En la actualidad se conserva en el Museo de la Basílica de Guadalupe. Se distingue por sus grandes dimensiones y por lo interesante de su talla. Presenta casi todos los elementos ya comentados, y además se le añadieron el Sol y la Luna, que se refieren a Dios como “principio y fin de las cosas”. Dos tallas llaman la atención: la santa faz enmarcada por la corona de espinas que luce como una especie de banda “blanda” que cae por la parte trasera de la cruz, y una cinta que rodea los brazos, que es posible que aluda al sudario. Llama la atención la talla de los estigmas, los cuales lucen como gruesos chorros de sangre detenidos por sendos clavos. En la parte inferior se observa un cáliz con una hostia; ambos aluden al cuerpo y la sangre de Cristo. Resulta innegable la calidad del trabajo escultórico, la cual habla acerca de la destreza artística que tuvieron los indígenas de esta región.

CRUZ DE CUAUTILÁN

Uno de los primeros conventos edificados en el siglo XVI, y del que partieron los misioneros para evangelizar los pueblos aledaños, fue el de San Buenaventura, en Cuautitlán, actual Estado de México. La cruz se encuentra hoy en el centro del arroyo del tráfico automovilístico, aunque bien protegida para que no sufra graves deterioros, pues ya desapareció el gran atrio que presidía el convento —el templo fue consagrado como catedral en 1979—. Tiene 4.85 m de alto por 2.10 m en sus brazos,² y presenta una talla de calidad en la que se observan con claridad algunos de los objetos mencionados y otros más, como las monedas que coronan y circundan el vástago mayor y que recuerdan la traición de Judas Iscariote. También se aprecian dos rostros: uno que aparenta ser un fraile y otro que representa a un caballero español. Desconozco quiénes son, aunque se cree que se trata del fraile que dirigía el convento cuando se edificó la cruz y el encomendero que gobernaba el lugar. Llamaban la atención los remates del travesaño horizontal, semejantes a plumas, los cuales conforman una bella flor de lis.



Cruz de Huichapan, enmarcada en la actualidad por las construcciones barrocas **Fotografía** © Dolores Dahlhaus

CRUZ DE HUEJOTZINGO

En el centro del atrio del convento franciscano de San Miguel Arcángel en Huejotzingo, Puebla, se desplanta una cruz de piedra tallada a manera de ramas podadas, interpretada como el propio Cristo, ya que así como se sacrifica un árbol podándolo para que dé mejores frutos y crezca sano y fuerte, Cristo se hizo hombre y se sacrificó para la salvación del género humano.

A manera de pedestal se talló una corona de espinas donde se aprecian las ramas entrelazadas talladas con maestría. En esta cruz no se labraron los instrumentos, sino que sólo se representaron las heridas con sangre de la crucifixión, las cuales se desprenden de un círculo que puede relacionarse con el “chalchihuite”.

Reitero una vez más que para algunos especialistas estos círculos pudieron contener láminas de obsidiana con clara reminiscencia prehispánica ligada con “lo precioso”. Hay que decir que existen dudas respecto a si la cruz no fue elaborada para estar en el centro del atrio, sino que remataba una de las cuatro capillas posas que aún se conservan.

CRUZ DE ACOLMAN

Uno de los conventos agustinos fundados al inicio de la evangelización fue el de San Agustín, en Acolman, Estado de México, el cual se distingue por su magnífica fachada plateresca del siglo XVI. La cruz no se encuentra en el centro del atrio; sin embargo, es posible que en alguna época la hayan desplazado a su lugar actual.

De todos los monumentos analizados, en éste se observa menos trabajo en la talla: es posible que los escultores no hayan tenido la destreza suficiente en el manejo de las herramientas. Hay una simplificación en las formas, pues con breves incisiones trabajaron los objetos de la crucifixión. Sólo en la santa faz se observa volumen y sobresale de la superficie de la cruz.

Sin embargo, se añadieron y suplieron elementos, como la sangre de los clavos de las manos, la cual se representó a manera de flores rodeadas de hojas, en cuyo centro cuelga el clavo, en tanto que a los pies de la cruz hicieron, con breves trazos, una calavera que recuerda el Gólgota donde fue crucificado el salvador, palabra en arameo que significa “el cráneo”, debido probablemente a la forma de la colina, que recuerda una calavera, y a que ciertos padres de la Iglesia lo relacionan con el cráneo de Adán, por la leyenda que sostiene que fue enterrado en este monte, también llamado Calvario (De la Brosse, 1986: 334).

CRUZ DE HUICHAPAN

En el pintoresco pueblo hidalguense de Huichapan, evangelizado por los frailes franciscanos, se localiza una de las cruces atriales mejor conservadas. Aunque ya no se aprecia la

arquitectura original del siglo XVI, se encuentra en el centro de la plaza principal, enmarcada por las construcciones barrocas de la capilla de la Virgen de Guadalupe, la parroquia de San Mateo y la capilla de la Tercera Orden. La cruz luce sus atributos pasionarios. Destacan aquellos que hacen el eje frontal del vástago principal: la santa faz enmarcada por la corona de espinas; el gallo que se posa en la columna de la flagelación; el chorro de sangre con el clavo y, a los pies del monumento, el cáliz con la hostia como compendio del misterio de la transustanciación.³ La cartela del INRI fue ejecutada con un marco a base de roleos que ha perdido algunos fragmentos.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Con estos pocos ejemplos hice hincapié en estas importantes esculturas de piedra, las cuales pueden considerarse como los primeros trabajos escultóricos ejecutados por los indios para exhibirse en el exterior de los conventos.

Sin duda todas las obras que se labraron en piedra en esta época, como las pilas bautismales y las portadas de capillas y templos, salieron de las manos hábiles de los indios, quienes bajo la supervisión de los frailes supieron captar en la piedra los modelos religiosos europeos, al tiempo que aprendían la doctrina cristiana.

Se trata de preciados testimonios anónimos que por fortuna aún existen a lo largo de nuestro territorio, y que por lo tanto debemos conservar y respetar con el objetivo de darlos a conocer, pues se trata de testigos mudos de los comienzos del arte novohispano ✚.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH

Notas

¹ Sinónimo de manto.

² Información obtenida en línea [<https://feyturismo.wordpress.com/2013/05/10/la-cruz-atrinal-de-cuautitlan/>], consulta: 20 de mayo de 2016.

³ Acción mediante la cual el sacerdote, al momento de la consagración de la misa, convierte con sus manos consagradas el pan en el cuerpo de Cristo y el vino, en su sangre. La Iglesia considera este hecho un misterio de fe.

Bibliografía

- Basalenque, fray Diego de, *Historia de la Provincia de San Nicolás Tolentino de Michoacán*, México, Jus, 1963.
- Borromeo, Carlos, *Instrucciones de la fábrica y del ajuar eclesiásticos*, México, UNAM, 1985.
- Chevalier, Jean y Alain Gheerbrant, *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Herder, 1988.
- La Brosse, Olivier de, *Diccionario del cristianismo*, Barcelona, Herder, 1986.
- Mendieta, fray Jerónimo de, *Historia eclesiástica indiana*, México, Porrúa, 1971.
- Moreno Villa, José, *La escultura colonial mexicana*, México, FCE, 1986 [1942].
- Reyes-Valerio, Constantino, *Arte indocristiano*, México, INAH, 2000.